

Voces de la intemperie

Francesc Serés narra en *La piel de la frontera* la vida de los temporeros inmigrantes en la franja limítrofe entre Aragón y Cataluña. Relatos magistrales de la pobreza y la indefensión

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. LA PASIÓN POR la verdad, cuando se afronta desde la ficción, no es otra cosa que la pasión por la misma ficción. De aquí se desprenden la verdad literaria y cómo se la afronta. La verdad literaria no está sólo en lo que se narra sino sobre todo en cómo se narra. Una obviedad, evidentemente, pero tan necesaria como el obvio axioma de los números reales cuando afirma que todo número es igual a sí mismo. Aquellas premisas no tardan en cuajar una vez terminado de leer *La piel de la frontera*, el último libro del novelista catalán Francesc Serés (Zaidín, Huesca, 1972).

Serés está entre lo más granado de la narrativa catalana actual. (Y cuando digo de la narrativa catalana me refiero a la que se escribe en catalán, independientemente de sus fronteras políticas. Aclaro esto porque Francesc Serés escribe precisamente desde un territorio de habla catalana en suelo aragonés, en ese límite conocido como la Franja). Lo más granado para mí quiere decir el desaparecido Jesús Moncada, Mercè Ibarz, Jordi Puntí, Quim Monzó, Imma Monsó, Sergi Pàmies, Joan Francesc Mira y Manuel Baixauli. Puedo ser injusto o estar desacertado en mi elección, pero es la que defiendo.

Serés se nutre de algunas de esas miradas narrativas. De Moncada (sobre todo de su gran libro, *El camino de sirga*), de Ibarz.

La piel de la frontera

Francesc Serés
Traducción de Nicole
D'Amonville Alegria
Acanalado
Barcelona, 2015
336 páginas, 22 euros

Y del gran clásico Joan Sales. Antes lo hizo de Delibes, Sender, Machado y Cela. Estas lecturas, las castellanas y las catalanas, le fueron fructíferas para enfilar el mapa geográfico del libro que reseño. Las catalanas le dieron la solución idiomática definitiva. El alma. Configuraron su escritura al servicio de su experiencia vital y literaria.

La piel de la frontera se organiza mediante relatos. Historias que el narra-



Un temporero recoge cerezas en Corbins (Lleida). Foto: Herminia Sirvent

dor, el mismo autor, observa y registra en una libreta. Le acompaña en esa travesía de la pobreza, la indefensión y la intemperie física y moral de sus ocasionales moradores, una máquina de fotografiar. Antes de hablar de contenidos, lo haré de formas de narrar. Serés entiende el relato de lo que ve y anota escrupulosamente como ese momento irrepetible de la narración anterior a la novela burguesa, que diría Walter Benjamin. Con el mismo Benjamin, diría que Francesc Serés devuelve al relato su antigua aura, su eficacia humana primigenia, su sentido de la comunicación radical.

Ahora ya podemos situarnos ante su libro. *La piel de la frontera* nos habla, a través de un narrador-autor, de inmigrantes en suelo extraño. Estamos hablando de trabajadores temporeros para recoger la fruta o hacer alguna que otra chapuza para quienes los contrata como un acto de piedad, en los campos fronterizos entre Cataluña y Aragón. Estamos, por tanto, hablando de provisionalidad, de extraterritorialidad, de ham-

bre, desamparo. Y picarescas o delitos, también: para no caer más hondo. El narrador Serés no juzga lo que observa. Es como un etnógrafo que nos invita a pensar. Necesita escuchar a los protagonistas de sus relatos: hoy son Severo y Mercedes, antiguos hippies que no han atinado a reciclarse para acomodarse al mercado. Mañana es Maajed, el argelino que un día desapareció para siempre.

En ese territorio fronterizo, en el Bajo Cinca, el Segrès, el sofocante páramo de Los Monegros, el narrador otea un territorio que siempre se parece tanto a un paisaje después de la batalla. De Argelia, de China, de Colombia, de Marruecos o Gambia, siempre habrá alguien que le hará reflexionar: "Es difícil encontrar hijos de puta entre aquellos a quienes toca trabajar en el campo". O: "La mejor integración la hace el trabajo". En *La piel de la frontera* alguien quiere ver avatazadas. Nadie las ve y por eso se parecen tanto a un sueño. Las avatazadas pueden ser el sueño de todos nosotros. Nos lo dice su narrador en luminosa y conmovedora comunicación. •

Un impuesto para la igualdad

Por Katty Cascante

ENSAYO. QUIENES EXPLOTAN la riqueza del planeta violan el derecho de los más pobres a disfrutar de su parte. ¿Puede arrogarse una pequeña élite política y económica un régimen global de propiedad, donde, además de asegurarse el acceso a los recursos, se otorgue el derecho exclusivo a compartirlos? Con esta cuestión de fondo, tres teóricos de la filosofía política, Paula Casal, Thomas Pogge y Hillel Steiner, se embarcan en la búsqueda de un impuesto de aplicación global que posibilite un nuevo orden internacional más justo.

Los autores asumen que las relaciones internacionales inciden sobre la pobreza extrema y la desigualdad. Los países más enriquecidos controlan las reglas y tienen una clara ventaja sobre el uso de los recursos frente a quienes son excluidos sin compensación alguna. Por lo tanto, ¿corresponde a estos países asumir las responsabilidades de dichos efectos previsibles? Steiner declina esta última obligación. Para este autor, los derechos de las generaciones futuras sobre los recursos son inexistentes, desentendiéndose así de cualquier responsabilidad sobre la contaminación medioambiental o el agotamiento derivado de un consumo desproporcionado de los recursos, algo que tanto Pogge como Casal consideran moralmente inadmisible.



Un reparto más justo del planeta
Paula Casal, Thomas Pogge, Hillel Steiner
Prólogo de Roberto Gargarella
Trotta
Madrid, 2016
136 páginas, 14 euros

Desde esta diferencia irreconciliable, cada autor formula su propuesta teórica. La discusión se centra en cuál debe ser el objetivo que tiene que perseguir un impuesto global sobre el uso y propiedad de los recursos naturales. Para Steiner es necesario un acuerdo global (Fondo Global) que administre el uso de las riquezas naturales y del que todos los seres humanos recibiesen una misma renta básica. Para Pogge sería suficiente con una reforma institucional menor que mejore la situación de los más pobres. Propone un mecanismo (Dividendo) que compense el uso ilimitado de los recursos a favor solo de unos pocos, garantizando el derecho de toda persona a disfrutar de esos recursos para satisfacer sus necesidades básicas.

Casal, además, en el diseño de su mecanismo (Participación) propone ampliar su eficacia considerando el principio de prioridad, un requisito imprescindible para asegurar con la redistribución, un beneficio directo sobre los más pobres.

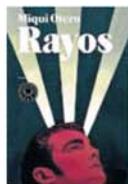
Por todo ello, hay que considerar este libro como una lectura obligada, donde no solo se enfrenta el desafío global de combatir la pobreza extrema, también se resuelve con valentía cuando se presupone la necesidad de una compensación de las sociedades más ricas hacia las más pobres sobre el uso, necesariamente controlado, de los recursos naturales del planeta. •

Una manera especial de mirar

Por Justo Navarro

NARRATIVA. EL NARRADOR DE *RAYOS*, la tercera y más reposada novela de Miqui Otero (Barcelona, 1980), se llama Fèlix Centella, y quizá conozca a Juan Centella, invencible héroe de tebeo de los años cuarenta del pasado siglo, Dick Fulmine (Dick Rayo) en el original italiano, una criatura de la Italia fascista con la cara de Mussolini y del boxeador Primo Carnera. Pero Fèlix es un antihéroe que sólo por casualidad se atreverá a irse del piso de sus padres a los 24 años, un día de 2007 en que se le cierra la puerta cuando no tiene llaves, y, en pijama y zapatillas, se ve "encerrado fuera de su casa", prisionero del peligroso mundo exterior. Centella, que confiesa su desorientación insuperable, se irá a vivir con su pandilla de toda la vida, los Rayos: "No sé adónde voy si ellos no me acompañan".

En *Rayos* se superponen tres planos temporales, de 1974 a 2008: la historia de los padres del narrador en el momento



Rayos
Miqui Otero
Blackie Books
Barcelona, 2016
328 páginas
21 euros

en que emigran de Galicia a Barcelona; los recuerdos de la infancia, adolescencia y primeras juergas de cuatro amigos, y, lo fundamental, la historia del presente. Al precario trabajo de todos los días se añaden tres focos de tensión: la sombra del cáncer del padre, la cuestión amorosa y la actualidad periodística en torno al negocio político-inmobiliario y la expulsión o limpieza de inquilinos que pagan rentas antiguas en barrios antiguos. Centella es periodista, como Miqui Otero, y su relato tiene mucho de crónica, de percepción y presentación del presente como espectáculo (lo que uno de los cuatro amigos llama el "videoclip en tiempo real"), una Barcelona de zonas bajas y altas, del edificio donde

viven los Rayos, con papel de aluminio y jeringuillas en el portal, al jardín con estatuas de la mansión de una de sus novias, una niña que parece sacada de la canción *Common People*, de los Pulp.

¿Qué hace Miqui Otero? Propone lo que se espera de un escritor: una manera especial de mirar las cosas. Ni siquiera se entretiene en resolver las tensiones dramáticas de su historia; deja que se disuelvan con el pasar de los días. Cuenta en presente el presente y el pasado, y todo lo que sucede se vuelve accidental, transitorio, anecdótico. Todo transcurre en el tiempo que usan los comentaristas radiotelevisivos para describir lo que está ocurriendo en el momento de hablar, ahora mismo, aunque lo que sucede en *Rayos* no sea épico como un partido de fútbol: es lo habitual, lo que nunca variará demasiado, pero tiene la excitación del momento fresco, en vivo. En *Rayos* hay una intemporalización del presente, y ése es el acierto de la novela: las circunstancias temporales o generacionales de Centella y sus amigos se convierten en rasgo histórico y general, propio de una época en la que los adultos se ven condenados a ser jóvenes eternos, jamás dueños de su propia vida, tal como Guy Debord advertía ya hace ahora casi cincuenta años. •